

Por tal manera se consumó la derrota y alcance de las fuerzas de Márquez, quien, como hemos dicho, preparaba á continuación la defensa de la ciudad de México.

El general Díaz no se dió un instante de reposo para lograr destruir la columna imperialista; tras la toma de Puebla, lo vemos correr con caballería á buscarla á San Diego Notario; á batirla con sus tropas unidas en San Lorenzo, adelantándose á ellas con una columna ligera; montando á la grupa de los dragones, infantes y artilleros, lo vemos activo, marchar á derrotarla en San Cristóbal y perseguirla por Texcoco, hasta conseguir su completo exterminio, teniendo que sacrificar una fuerza aislada en las peripecias estratégicas de sus marchas rápidas, para conseguir el final objeto.

Durísima, batallosa fué la ardua tarea; mas los resultados correspondieron al empeño del general en jefe del cuerpo de ejército de Oriente.

Si tal empeño no hubiese esforzado, acaso Márquez, diestro y emprendedor, esquivando á Guadarrama, logra volver á México salvando sus elementos, que habría unido á los existentes en la ciudad, para con mayores probabilidades hacer la defensa de la misma.



## XXXI

## El general Díaz sitia la capital de la República.

1867

EL día 12 de Abril de 1867 dos escuadrones del general D. Francisco Franco, que pertenecían á la división del general Guadarrama, ocupaban la villa de Guadalupe, que se apresuró á evacuar un destacamento enemigo, que de prisa se concentra en México. El general Leyva ocupaba el Peñón el propio día.

En la mañana del 13 el grueso de la división de caballería del general D. Manuel Toro y el de la del general Guadarrama llegaban á las inmediaciones de la capital, y á mediodía lo verificaba toda la infantería y artillería del cuerpo de ejército de Oriente, con su general en jefe á la cabeza. Sólo había quedado á retaguardia la brigada del general Carreón, ocupada en recoger en la barranca de San Cristóbal los trenes arrojados allí por Márquez en su huida.

El sitio, pues, de la plaza, principió: el general Díaz estaba al fin frente á la capital de la República.

De su Autobiografía tomamos lo pertinente para dar idea del establecimiento del sitio con relativamente escasos elementos, para extender luego una línea de circunvalación sobre una ciudad cuyo diámetro medía cinco kilómetros, demandando por consiguiente dicha línea un desarrollo de quince á lo menos al estrecharse y de diez y ocho como minimum en su iniciación.

Por tal manera, el general se valió de medios diversos para suplir deficiencias; y colocando tropas estratégicamente, dió de pronto seguridad al sitio que emprendía.

No juzgó que, dadas las condiciones ventajosas que había conquistado tras la toma de Puebla y exterminio de la columna de Márquez, fuera indispensable el sacrificio que impone un asalto, y menos cuando consideraba lo que la capital de la República hubiera de sufrir en él.

Las circunstancias habían cambiado, debido á los esfuerzos verificados antes, y daban ya lugar á consideraciones de esa naturaleza.

Dicho esto, insertemos lo que, con relación á los hechos, explica el general en su Autobiografía:

«Desde mi aproximación á México, comencé á establecer un línea de aproche sobre la ciudad, tomando por base los terraplenes que forman las riberas del río del Consulado. Así ocupé todo su frente occidental, desde el rancho de Santo Tomás hasta cerca de Chapultepec. Establecí primero



mi cuartel general en la villa de Guadalupe, y en Mayo lo pasé á Tacubaya, en donde permaneció hasta la ocupación de la plaza.

»El general Guadarrama, que tan buenos servicios me había prestado con su caballería en el ataque de San Lorenzo y persecución de Márquez hasta Texcoco, recibió orden del cuartel general del ejército del Norte para concentrarse en Querétaro; y esta circunstancia me puso en condiciones de suspender por algunos días las operaciones de circunvalación, obligándome á colocar estratégicamente fuerzas separadas unas de otras, pero que pudieran combinarse para mantener á raya á los sitiados.»

En efecto, al urgente llamado del general Escobedo, la división de 4.000 caballos, mandada por Guadarrama, marchaba á Querétaro el día 16 de Abril.

Prosigue el general Díaz su relación así:

«A poco de retirado el general Guadarrama, y cuando aun me hallaba apremiado por la carencia de fuerza para bien establecer la línea de circunvalación, en los últimos días de Abril de 1867 recibí una carta del señor general Escobedo, manifestándome que necesitaba de mi auxilio, además del que ya le había mandado con el general D. Juan N. Méndez, y aun me indicaba que con mucho gusto se pondría á mis órdenes si lo aprobaba el supremo gobierno, á quien ya se dirigía sobre el particular.

«Contesté al general Escobedo que me movería después de algunos días que pensaba aprovechar para asegurar al enemigo y para hacer venir de Puebla una suficiente provisión de municiones, que pudiera servirnos á los dos, pues en verdad importaba para mí un sacrificio dejar tropas poco consistentes sobre México para ir á auxiliarle. De todos modos se paseó por mi mente la idea de un inmediato asalto, lo cual contrariaba mis planes respecto de la capital, por lo que ella pudiera sufrir, y respecto de mis tropas, por el sacrificio que, sin ser el caso muy urgente, les impusiera. Resolví, pues, en mi ánimo, dejar al frente de México algunos cinco ó seis mil hombres que evitaran se moviera su guarnición, á no ser que haciéndolo toda ella abandonara la plaza, y cuya guarnición no debería bajar de un efectivo de ocho mil soldados, que más bien podía haberse aumentado por las levadas que á última hora extremó Márquez en la ciudad. Mas cuando me disponía á obrar como indicaba en mi contestación al general Escobedo, recibí nueva carta de él, de que fué conductor el teniente coronel D. Agustín Lozano, en la que me hablaba en términos consoladores, y sus razones eran suficientes para indicarme que, mejorada su situación, no le eran ya indispensables mis servicios. A virtud de ello, seguí reforzando el sitio de México, limitándome, por lo que toca al citado señor general Escobedo, á atender inmediatamente una solicitud suya, respecto de un convoy de municiones que le envié, formado de treinta carros, y el cual fué encargado de conducir el mismo teniente coronel Lozano.

»En los días que habían transcurrido sucesivamente, fueron llegando nuevas tropas que había mandado organizar en algunos Estados de mi cargo, á la vez que lo hacía la artillería procedente de Puebla, y así continué mis trabajos de sitio hasta llegar á completarlo. Al efecto, armé canoas con piezas de montaña para cerrar la línea en el área que ocupaban las lagunas, y establecí un puente flotante desde San Cristóbal hasta el Peñón de los Baños, con el fin de comunicarme con los puestos que hostilizaban la plaza por su parte oriental.

»Para sostener el consumo de municiones que se hacía en el sitio de México, mandé establecer grandes talleres en Puebla y en la fundición de Panzacola y ordené prolongar el servicio de trans-

portes, que el ferrocarril sólo hacía hasta Apizaco, á donde llegaba, aprovechando para esto un gran número de carros de mis trenes, que conducían de Puebla á Apizaco municiones y cañones.

»La mayor parte de la artillería que me sirvió en el sitio de México, había sido tomada en Puebla y en el alcance á Márquez, pues antes sólo tenía á mi disposición 26 cañones.

»Como Puebla, antes de la invasión, había servido de estación á los convoyes que surtían al ejército de artillería y municiones, y poco más ó menos, durante el período del Imperio, había seguido prestando el mismo servicio, excepción hecha de los cañones útiles que el enemigo tenía cuando yo la ocupé, que serían, sumando los de los fuertes, ochenta y tantos, guardábanse más de ciento cincuenta desmontados en almacenes, que durante el sitio de México iban montándose y remitiéndose. La mayor parte de esos cañones eran de fierro y muy pesados; pero á falta de mejor artillería, y para posiciones fijas, me prestaron muy buen servicio. Por lo demás, conté siempre con la suficiente artillería de batalla y montaña, para poder hacer con ella maniobras al ser necesario.

»Antes de cerrar el sitio hizo el enemigo, con fuerza considerable, una salida ofensiva entre la Escuela de Agricultura y una pequeña hacienda contigua, la de la Ascensión, atacando una paralela que defendía el coronel Téllez Girón, quien abandonó su puesto. Me trasladé al lugar en peligro y ordené al general Cravioto, que era el que estaba más cerca, que me siguiera con un batallón de su línea, á la vez que ordenaba que al paso veloz ocurriera la brigada Carreón. Con la fuerza de Cravioto y mi escolta fué bastante para detener al enemigo y hacerle retroceder á sus trincheras, ayudado en esta operación por la artillería, que, con amplio campo de tiro, desde una gran extensión de nuestras paralelas podía dirigirle fuegos convergentes.

»Cuando el general Escobedo tomó á Querétaro, el 15 de Mayo de 1867, me lo comunicó por el telégrafo que teníamos en corriente, y yo hice llegar la noticia á la plaza de México; pero Márquez se empeñó en desmentirla, asegurando que Maximiliano había triunfado y que estaba en marcha con sus fuerzas victoriosas para proteger la capital. Ni la circunstancia de que se me pedía permiso, que concedí, para que salieran de la plaza sitiada los defensores nombrados por el archiduque, fué suficiente para evidenciar la verdad de los sucesos, que astutamente desfiguraba, según su natural interés, el jefe de la plaza.

»Acompañé á esos defensores, que lo fueron D. Mariano Riva Palacio y D. Rafael Martínez de la Torre, á Querétaro, en donde tenía lugar el juicio del archiduque, el señor barón de Lago, encargado de negocios de Austria, y en esa vez tuvo conmigo una conversación en la que me hizo presente lo que desde antes me había mandado manifestar el príncipe de Khevenhüller, esto es, que los soldados austriacos que estaban en la plaza de México, creían que, una vez capturado Maximiliano, había cesado su misión; y que, para no agravar la suerte de su soberano, tenían el propósito de no tomar parte ninguna en las operaciones militares que tuvieran lugar en México. Me limité á oír la manifestación del barón de Lago, sin darle respuesta alguna, ni menos hacerle promesa de ninguna especie.

»Para mejor explicar la situación de las fuerzas extranjeras, haré una ligera retrogradación en el orden cronológico de estos apuntes.

»Aun antes de la ocupación de Querétaro y captura de Maximiliano, se me habían acercado algunos agentes suyos, con varias proposiciones más ó menos autorizadas. Desde el 18 de Abril de 1867, y cuando todavía no estaba perfecta la línea de circunvalación, salió de la ciudad el padre Fischer, secretario particular de Maximiliano, según él decía, á quien recibí en la hacienda de los



Morales, y me propuso la abdicación del emperador, á condición de que se le permitiera salir del país sin exigirle responsabilidad por todos los hechos ocurridos durante el periodo que él llamaba de su gobierno. A lo cual contesté haciendo regresar inmediatamente al padre á la plaza, diciéndole que no tenía facultades para entrar en esos arreglos. De tal hecho di conocimiento al Supremo Gobierno.

»Algunos días después salió la princesa de Salm-Salm, una señora de los Estados Unidos, casada con un oficial austriaco que estaba en Querétaro al servicio de Maximiliano, con pretensiones análogas á las del padre Fischer, aunque se manifestaba menos exigente, y agregaba que las fuerzas extranjeras que estaban directamente á las órdenes de Maximiliano, se pondrían desde luego fuera de la acción militar. Mi respuesta á la primera proposición de la princesa, fué poco más ó menos la misma que al padre Fischer; y sin averiguar si tenía ó no autorización para hacer la segunda proposición, puesto que de todos modos no me parecía aceptable ni la tomé á lo serio, ordené á la princesa que volviera á México y protegí su entrada hasta donde era posible.

»Después, cuando hubo más datos en la plaza respecto de la pérdida de Querétaro y prisión de Maximiliano, volvió á salir la princesa de Salm-Salm, con objeto de ir á Querétaro á ofrecer sus servicios á su marido y al archiduque, lo que permití facilitándole su viaje, así como lo hice respecto de los ministros extranjeros y defensores del archiduque que salieron con el mismo objeto.

»El príncipe Khevenhüller, jefe de las fuerzas húngaras y austriacas que estaban entre las que defendían á México, me ofreció que no tomarían parte ya en ningún combate, pues que aunque Márquez y los suyos negaban el hecho de la captura de su soberano, él no lo dudaba; y en la creencia de que toda resistencia armada podría perjudicar á Maximiliano más bien que servirle, y no teniendo él otro objeto en el país que su servicio, me avisaba que seguiría esa conducta si en cambio le ofrecía yo que le permitiría marchar al puerto de Veracruz, con todos los jefes, oficiales y tropa que estaban á sus órdenes, con objeto de embarcarse con ellos para Austria. Contesté á Khevenhüller que le concedería lo que solicitaba si rompía la línea de los sitiados, se me presentaba en Tacubaya y me entregaba sus armas, municiones y caballos que no fueran de propiedad particular; y que, en cambio, yo le facilitaría los recursos pecuniarios y vehículos que necesitara para llegar con sus subordinados hasta Veracruz y embarcarse allí. Khevenhüller me expuso que le era imposible ejecutar lo que yo proponía, pero que se encerraría con toda su fuerza en el Palacio nacional, y en los momentos en que empezara algún combate, izaría su bandera blanca y se abstendría de tomar parte en él; y que esperaba que, por esta conducta, le concedería yo las consideraciones que á mi juicio fueran de equidad, pues su principal objeto era no hacer difícil la situación de su soberano.»

Tomada la plaza de Querétaro, el general Escobedo dispuso que, bajo el mando del general don Ramón Corona, marcharan dos divisiones á reforzar á las tropas sitiadoras de la capital de la República; pero el general en jefe del cuerpo de ejército de Oriente, seguro del buen éxito, se había propuesto no exponer á los horrores del asalto nuestra capital, y no obstante el auxilio recibido y los ofrecimientos de las tropas extranjeras que estaban en la plaza, y la triste situación de las otras fustigadas por el hambre, se limitó á estrechar el cerco y á afirmarlo más y más. Siempre juzgó que el enemigo, en las circunstancias que lo puso desde que inició el sitio, acabaría por rendirse, y que, por consiguiente, debía evitar sacrificios que no fueran necesarios.

Desde que el general Díaz pasó su cuartel general de Guadalupe á Tacubaya, lo cual tuvo efecto el 20 de Mayo, confió el mando de la externa línea de Guadalupe al general Corona.

Pero sigamos la importante relación que hace el general Díaz. Dice:

«El enemigo hizo algunas inútiles intentonas sobre la línea de circunvalación, y la principal fué la que encabezó Márquez por La Piedad, en los últimos días del sitio, probablemente con objeto de abandonar la plaza y salvar la fuerza que le quedaba, que á virtud de sus levas pudo aumentar considerablemente, aun en medio de sus difíciles circunstancias, teniendo como tenía armas y municiones en abundante acopio.

»Estando yo una mañana en la oficina del cuartel general en Tacubaya, en los primeros días de Junio, por el 9, se hizo oír un fuego de cañón casi general en la línea del enemigo, y de fusilería muy nutrido en los puntos fortificados que él tenía en La Piedad é inmediatos, lo mismo que en el puente de los Cuartos. Salí inmediatamente, con mi estado mayor y escolta, hacia el citado puente y encontré cerca de La Condesa al coronel D. Venancio Leyva, que sobre la marcha me dió parte de haber sido forzado ese puente de los Cuartos y destrozado allí su batallón. Esto pasaba cerca del campamento que tenía el general Terán, con los batallones 1.º, 2.º y 3.º de cazadores de Oaxaca, que estaban á sus órdenes. Tomé inmediatamente el primero y lo hice marchar á paso veloz hacia el repetido puente, que estaba ya casi en poder del enemigo, pero en el cual hacía todavía una suprema defensa, con una parte del batallón que Leyva suponía destrozado, el teniente coronel Jaramillo, del mismo batallón, por un lado, y por el otro el mayor del propio cuerpo, D. Manuel María de Zamacona, defensa que vigorizaron al ver que me aproximaba maniobrando ya sobre el enemigo.

»Al correr al lugar del combate había dejado órdenes al general Terán para que siguiera mi marcha en columna, con los batallones 2.º y 3.º de Oaxaca, y á buen paso para que no llegaran fatigados ellos al encuentro. Había mandado órdenes también al general D. Francisco Naranjo, que estaba acampado con su división de caballería en la hacienda de los Morales, y al general D. Félix Díaz, que estaba con la suya en Coyoacán, para que concurrieran con sus respectivas fuerzas á donde me dirigía. Pocos momentos después que arribé al puente, mandé hacer alto al general Terán, antes que se descubrieran sus dos batallones á la vista de la artillería enemiga; y al coronel Loera, que por ausencia del general Naranjo conducía la división de caballería hacia el mismo puente de los Cuartos, le envié orden semejante para que suspendiera su avance entre La Condesa y Chapultepec. Cosa igual dispuse respecto del general D. Félix Díaz, que formó con su división en los llanos de Nalvarte.

»Juzgué inútil que todas aquellas fuerzas recibieran el fuego de la artillería contraria, cuando advertí que con el batallón que llevaba conmigo bastaba para hacer retroceder á los sitiados; y efectivamente, tras de una carga volvió el enemigo á sus posiciones.

»La artillería con que nuestra línea estaba dotada en el trayecto amagado, funcionó activamente sobre las columnas de Márquez, que regresaban á la plaza con grandes dificultades, porque como para salir sólo habían tendido un puente sobre la zanja cuadrada, su retirada por ese puente les hizo perder mucho tiempo, y por consiguiente, muchos hombres y caballos.

»El terreno que hay entre el puente de los Cuartos y La Piedad quedó cubierto con numerosos muertos y heridos. Pretendí recoger á los segundos, pero al salir mis ambulancias con sus respectivas banderas á ejecutar mis órdenes, de las trincheras de la plaza dispararon sobre ellas y me hirieron y mataron algunos ambulantes, por cuyo motivo ya no insistí en aquella operación, puesto que se trataba de heridos del enemigo, que ni recogía ni me dejaba recoger. Los heridos permanecieron



en el más completo abandono por varios días, hasta que murieron por haber quedado á la intemperie y por falta de asistencia médica y auxilios oportunos.

»Cuando toda la guarnición de México se persuadió hasta la más completa evidencia de que Querétaro había caído en poder de las fuerzas nacionales, y que Maximiliano y todo su ejército estaban prisioneros, la desmoralización cundió rápidamente en ella.

»La situación de los sitiados, por otra parte, se hacía cada día más difícil por la falta de víveres para sostener no solamente á sus tropas, sino á la gran población de la capital.

»Mientras que las fuerzas de la plaza disminuían diariamente, las mías aumentaban de un modo considerable, pues todos los días recibía refuerzos importantes. En los últimos días del sitio llegué á contar con 28.000 hombres.

»Las fuerzas sitiadoras estaban colocadas en esos últimos días en esta forma: el general Corona, con la división de Occidente, en la villa de Guadalupe; el general Riva Palacio, con la división del Sur, en Mexicaltzingo; el general Hinojosa, con la división del Norte, en el Peñón Viejo; el general Naranjo con la caballería en la hacienda de los Morales, y el general D. Félix Díaz, con la fuerza de caballería que había traído de Oaxaca, en la hacienda de Portales. El general Terán, con la primera brigada organizada en Oaxaca por el general D. Manuel González, el batallón Fieles de Oaxaca, ingenieros, el escuadrón Juárez y la escolta del cuartel general, formaba la reserva en Tacubaya.

»La desmoralización en la plaza y la falta de provisiones de boca se habían hecho tan sensibles, que llegaban á manifestármese por medio de frecuentes proposiciones de algunos jefes de ella, para defeccionar y facilitarme su ocupación; proposiciones que no quise aceptar, porque tenía la seguridad de ocuparla sin compromisos ni transacciones muy pocos días después.»

No sólo en los últimos días del sitio, cuando el general Díaz contaba con numerosas fuerzas sobre México, sino desde antes de iniciarlo con mucho menor efectivo, se había propuesto no entrar en transacciones con el enemigo, seguro como estaba, según su esforzado sentir, de poder triunfar de él, desde aquel entonces en que sus elementos eran reducidos, y en que aun no se recibía en la capital, como sucedió muy después, la terriblemente desalentadora noticia de la toma de Querétaro, que puso en estado de general abatimiento á los sitiados, hambrientos y anonadados ya por un enemigo poderoso, que los cercaba con infranqueable anillo de acero y fuego.

Diremos lo principal sobre algunas proposiciones que se hicieron al general Díaz.

Refiriéndose él á su avance sobre México después de la derrota de Márquez, dice:

«En mi marcha de Texcoco para la villa de Guadalupe se acercó á mí, procedente de México, la señora D.<sup>a</sup> Luciana Arrazola de Baz, esposa de D. Juan José Baz, que me acompañaba, y me manifestó que el general D. Nicolás Portilla, que á la sazón figuraba como ministro de Guerra en México, la había comisionado para que me ofreciera la entrega de la capital, mediante algunas concesiones á él, á los principales jefes del ejército imperialista y á funcionarios de la administración; aunque la primera impresión de aquel señor, agregó, era buscar una fusión entre los dos ejércitos, bajo la base de que, unidos, reconociéndose recíprocamente los empleos que tenían los jefes de cada uno, procedieran de acuerdo para establecer un nuevo orden de cosas, que no fuera ni el llamado Imperio de Maximiliano ni el gobierno constitucional del señor Juárez.

»Por supuesto que deseché esas extravagantes proposiciones y ni siquiera las quise estudiar en su forma menos desfavorable, que era la de la rendición condicional de la plaza, y contesté que sólo admitiría la rendición á discreción.»

Ya estando sobre la capital, el general O'Horán, valiéndose de un hermano del licenciado don José María Aguirre de la Barrera, pretendió una peligrosa conferencia con el general en jefe de las fuerzas sitiadoras, que se efectuó de noche, por La Vaquita, y sobre la cual dice textualmente el general Díaz: *Me ofreció entregarme la plaza, lo mismo que á Márquez y á los demás principales jefes, sin más condición que la de que le extendiera en cambio un pasaporte para el extranjero.*

Pero el jefe republicano expuso que consideraba la plaza en su poder desde que había cerrado el cerco de ella, y que no quería tener obligación alguna con motivo de su entrega.

Dos ó tres días antes de la rendición de México, el general Tavera solicitó presentarse al general en jefe del cuerpo de ejército de Oriente, como comisionado de Márquez, y se le concedió lo que pretendía. Ya presente, manifestó que, mediante ciertas condiciones, Márquez estaba dispuesto á rendirse; pero se le expresó en contestación que sólo se admitiría la rendición incondicional.

La inexorable conducta del general Díaz, que había acumulado con actividad prodigiosa, con constante esfuerzo, elementos para asegurarse de la capital, elementos que habían crecido después, cuando se efectuó la toma de Querétaro; esa conducta inexorable contra el enemigo desde antes de establecer el sitio, cuando lo comenzó con reducidas tropas y cuando lo continuaba con un número muy considerable, demostraba que en todo tiempo tuvo la certeza de vencer; y ya tan avanzadas como las cosas estaban al comenzar el mes de Junio, la solución no era posible que fuese otra que la rendición de México, que bien luego tuvo verificativo. Con esa rendición iba á quedar sellado el fin de la guerra contra la Intervención y el Imperio.

